



CUENTOS COMPLETOS

Nabokov

Se reúnen todos los relatos de uno de los mayores narradores del siglo XX. Estos cuentos exponen el impresionante abanico de su creatividad formal y técnica y revelan el fascinante progreso de su desarrollo artístico a la vez que nos recuerdan que estamos ante un verdadero maestro.

«Aunque es cierto que iluminan la evolución de su proceso creativo y que nos proporcionan inestimables claves acerca de los temas y los métodos que utilizaría más tarde, los relatos de Vladimir Nabokov constituyen su obra más accesible. Incluso aquellos que están íntimamente ligados a alguna de las novelas tienen entidad y consistencia propia. Ofrecen una gratificación inmediata al lector independientemente de que éste se haya aventurado en la más compleja y procelosa escritura nabokoviana o en la historia personal del autor.»

Por Dmitri Nabokov.

A Vera

Prólogo

Los relatos de Nabokov fueron apareciendo individualmente en distintas revistas y colecciones hasta que finalmente, en vida del autor, se publicó la versión inglesa definitiva de los mismos en cuatro volúmenes que agrupan cincuenta y dos relatos: *Nabokov's Dozen (Trece relatos)*, *A Russian Beauty and Other Stories (Una belleza rusa)*, *Tyrants Destroyed and Other Stories* y *Details of a Sunset and Other Stories*.

Nabokov había manifestado hacía tiempo la intención de publicar un volumen final pero estaba indeciso sobre la posibilidad de que existieran suficientes relatos de la calidad requerida por él para integrarse en una nueva «doce-na» numérica o nabokoviana. Su vida creativa era demasiado intensa y plena y se vio truncada tan repentinamente que le impidió realizar la selección final. Había esbozado una breve lista de los relatos que consideraba dignos de ser publicados, una lista que denominó el «fondo del barril». Se refería, con ello, según me explicó, no a su calidad, sino al hecho de que, entre el material que pudo consultar en aquel momento, aquellos relatos eran los únicos que merecían publicarse. Sin embargo, después de organizar y comprobar nuestro archivo por completo, Vera Nabokov y yo mismo logramos reunir un total de trece relatos que, a nuestro modesto juicio, habrían merecido la aprobación de Nabokov frente a una eventual publicación. De ahí que la lista, el «fondo del barril», deba considerarse únicamente

como una lista parcial preliminar: sólo incluye ocho de los trece relatos aquí recogidos por vez primera, y en ella aparece asimismo *El hechicero*, que no se incluye en esta colección pero que había sido publicada en inglés como novela corta (Nueva York, Putnam, 1986; Nueva York, Vintage International, 1991). Tampoco los títulos provisionales se corresponden en todos los casos con los títulos que aparecen en este libro.

De la lista que lleva por título «Relatos escritos en inglés», Nabokov omitió «Primer amor» (publicada originalmente en *The New Yorker* con el título de «Colette»), lo cual pudo deberse a un puro descuido o quizá a su transformación en uno de los capítulos de *Habla, memoria* (originalmente titulado *Conclusive Evidence*). Algunas notas e instrucciones —en ruso— en el extremo superior izquierdo del documento sugieren que esta lista era la copia definitiva que pensaba pasar a máquina y que incluso pensaba publicar, aunque no en *Trece relatos*, pues este libro (1958) es anterior a la lista (que contiene «Las hermanas Vane», escrita en 1959).

Los cuatro volúmenes «definitivos» mencionados más arriba fueron preparados y organizados por Nabokov tomando como base varios criterios —tema, época, ambiente, uniformidad y variedad—. Parece justo que cada uno de ellos conserve su carácter e identidad como parte de un volumen concreto en lo que se refiere a la futura publicación de los mismos. Los trece relatos publicados en Francia e Italia, con los respectivos títulos de *La Vénitienne* y *La veneziana*, se han ganado probablemente el derecho a aparecer como volúmenes separados en la correspondiente versión inglesa. Estos trece relatos han tenido asimismo otros estrenos, tanto individuales como colectivos, en otras partes de Europa y las «docenas» previas han visto la luz en todo el mundo, a veces formando constelaciones distintas como es el caso del reciente volumen *Russkaya Dyuzbena* («Docena rusa») en Israel. No me referiré a lo publicado en

la Rusia posperestroika, porque hasta el momento y con honrosas excepciones ha sido una historia de pirateo editorial de derechos de autor a gran escala, aunque hay que decir que se apuntan ya en el horizonte una serie de mejoras.

La colección completa que ahora presentamos, aunque no trata de eclipsar a las anteriores, sigue deliberadamente un orden cronológico, o la máxima aproximación al mismo. Para ello, el orden seguido en colecciones anteriores ha tenido que ser alterado en ocasiones, y los relatos que aparecen recogidos aquí por vez primera han sido integrados en su lugar correspondiente. Nuestro criterio ha sido la fecha de composición de los mismos. Cuando ésta no estaba disponible o era confusa, hemos apelado a la fecha de publicación o a la primera mención de la misma. Once de los trece relatos nuevos vieron en esta colección su primera traducción al inglés. Cinco de ellos aún no habían sido publicados hasta la reciente aparición de los «nuevos» trece en varias lenguas europeas. Se encontrarán más detalles bibliográficos junto con otra información interesante al final del libro.

Una ventaja evidente de la ordenación que aquí se ha seguido es que nos permite tener una estimable visión general del desarrollo de Nabokov como escritor de ficción. También es interesante comprobar que los vectores no son siempre lineales, y que un relato sorprendentemente maduro se cuela de repente entre una serie de relatos más sencillos de juventud. Aunque es cierto que iluminan la evolución de su proceso creativo y que nos proporcionan inestimables claves acerca de los temas y los métodos que utilizaría más tarde, los relatos de Vladimir Nabokov constituyen no obstante su obra más accesible. Incluso aquellos que están íntimamente ligados a alguna de las novelas, tienen entidad y consistencia propia. Y aunque admiten diversos niveles de lectura, no requieren demasiado bagaje literario previo. Ofrecen una gratificación inmediata al lector

independientemente de que éste se haya aventurado en la más compleja y procelosa escritura nabokoviana o en la historia personal del autor.

La responsabilidad de la traducción al inglés de los trece «nuevos» relatos es estrictamente mía. La traducción al inglés de la mayoría de los relatos previamente publicados en ruso fue fruto de una colaboración sin fisuras entre padre e hijo, en la que el padre gozaba, como autor, de licencia para alterar sus propios textos en la traducción en la forma y manera que él considerara conveniente. Y es concebible que lo hubiera hecho también en los relatos que aquí traduje por primera vez al inglés. Ni que decir tiene que, como traductor en solitario, la única libertad que me he permitido ha sido la corrección de un error ocasional o errata tipográfica, y la rectificación de algún error de bulto editorial; el más evidente ha sido la omisión de la última y maravillosa página de «El ayudante de dirección», en todas las ediciones inglesas y americanas hechas a partir de la primera en esa lengua. Por cierto, en la canción que serpentea un par de veces por el relato, el Don Cossack que arroja a su novia al Volga no es otro que Stenka Razin.

He de confesar que, en el transcurso de la larga preparación de este volumen, me he beneficiado de los comentarios y advertencias de aguzados traductores y editores de colecciones similares en otras lenguas, así como de la visión escrupulosa de quienes han publicado o están publicando algunos de estos relatos, individualmente, en inglés. Por más intensa y pedante que sea la revisión, siempre resulta inevitable algún error o desliz imperceptible. No obstante, los futuros editores y traductores deberán tomar en cuenta que este volumen refleja la versión más ajustada — en la fecha de su publicación— de los textos ingleses, especialmente en lo que respecta a los trece relatos reunidos aquí por vez primera a partir de los originales rusos (que, en ocasiones, han resultado muy difíciles de descifrar, con deslices posibles o probables de la mano del autor o del

copista que han requerido a veces de difíciles decisiones, y que, en algún momento, presentan más de una variante).

En honor a la justicia debo decir que tengo que agradecer aquí el envío espontáneo del borrador de dos relatos por parte de Charles Nicol y Gene Barabtarlo. Les agradezco a ambos su trabajo que aprecio en lo que vale, ya que en ambos casos no dejé de encontrar ciertas *trouvailles*. No obstante, y con el fin de mantener un estilo homogéneo, he conservado, por regla general, mis propias expresiones inglesas. Debo agradecer a Brian Boyd, Dieter Zimmer y Michael Juliar su infatigable trabajo de búsqueda bibliográfica. Y sobre todo agradezco a Vera Nabokov su sabiduría infinita, su excelente juicio y la fuerza de voluntad que le llevó, a pesar de sus problemas de vista y de la debilidad de sus manos, a pergeñar una traducción preliminar de varios pasajes de «Dioses» en los últimos días de su vida.

Necesitaría mucho más espacio del que brinda un mero prólogo para esbozar las líneas maestras de los temas, métodos e imágenes que se entretajan y desarrollan en estos relatos, así como de los ecos de la juventud de Nabokov en Rusia, sus años universitarios en Inglaterra, su período de exilio en Alemania y Francia y la América que se entretenía en inventar, según decía él mismo, después de haber inventado Europa. Daré unos cuantos ejemplos escogidos al azar. «La Veneciana», con su sorprendente giro, constituye un eco o réplica de la pasión de Nabokov por la pintura (a la que pensaba dedicarse cuando era niño) contra un fondo de tenis que jugaba y describía con un encanto especial. Las otras doce constituyen un abanico que va desde la fábula («El dragón») y la intriga política («Se habla ruso») hasta una suerte de impresionismo poético de corte muy personal («Sonidos» y «Dioses»).

En sus notas (que se incluyen al final de este libro) Nabokov nos ofrece una serie de revelaciones sobre los relatos previamente recogidos en distintos volúmenes. Yo sólo añadiré brevemente el fantástico tema del doble espacio-

temporal (en «Terra Incógnita» y «La visita al museo») que prefigura el ambiente de *Ada o el ardor*, *Pálido fuego* y hasta cierto punto el de *Cosas transparentes* y *Look at the Harlequins!* (¡Mirad los arlequines!) La predilección de Nabokov por las mariposas es un tema central de «Aureliana» y resplandece en otros relatos varios. Pero lo que es más extraño, la música, a la que nunca profesó un amor especial, figura prominentemente en su escritura («Sonidos», «Bachmann», «Música», «El ayudante de dirección»).

A mí me resulta especialmente conmovedora y cercana la sublimación que lleva a cabo en «Lance» (así me lo confesó mi padre) de las experiencias de mis padres en sus días de montañismo. Pero quizá el tema más profundo y más importante, constituya o no el nudo temático principal o aparezca como motivo subalterno, sea el desprecio absoluto de Nabokov por la crueldad —la crueldad de los humanos, la crueldad del destino—, pero con ello entramos en un terreno donde existen demasiados ejemplos como para que podamos permitirnos ni siquiera nombrarlos.

DMITRI NABOKOV

San Petersburgo (Rusia) y Montreux (Suiza), junio de 1995

El duende del bosque ^[*]

Yo trataba, pensativo, de encerrar entre mis trazos la silueta vacilante de la sombra circular del tintero. En un cuarto lejano un reloj dio la hora, mientras que yo, soñador como soy, me imaginé que alguien llamaba a mi puerta, suave al principio, luego más y más fuerte. Llamó doce veces y se detuvo expectante.

—Sí, aquí estoy, pase...

El pomo de la puerta crujió tímidamente, la llama de la vela ya gastada se ladeó un tanto, y él entró a saltos desde un rectángulo de sombra, jorobado, gris, cubierto con el polen de la helada noche estrellada.

Conocía su rostro. ¡Lo conocía desde tanto tiempo atrás!

Su ojo derecho seguía en la sombra, pero el izquierdo me escrutaba temerosamente, alargado, verde humo. ¡La pupila brillaba como si estuviera oxidada... aquel mechón gris de musgo de su sien, la ceja de pálida plata apenas visible, la cómica arruga junto a su boca sin bigote —todo ello intrigaba y molestaba un punto a mi memoria!

Me levanté. Él dio un paso adelante.

Su abriguito raído estaba abotonado al revés, como los de las mujeres. En la mano llevaba una gorra, no, era un fardo mal atado de color oscuro, y no había la más mínima señal de una gorra...

Sí, claro que lo conocía, incluso le había tenido un cierto aprecio, pero sencillamente no conseguía recordar dónde

ni cuándo nos habíamos conocido. Y debíamos habernos visto con frecuencia, de otra manera no tendría aquel firme recuerdo de sus labios de arándano, de aquellas orejas puntiagudas, de aquella nuez tan divertida...

Con un murmullo de bienvenida estreché su fría mano, tan ligera, y luego la posé en el dorso de un sillón raído. Él se encaramó como un cuervo en el tocón de un árbol y empezó a hablar apresuradamente.

—Dan tanto miedo las calles. Por eso vine. Vine a visitarte. ¿Me reconoces? En otros tiempos tú y yo solíamos rebotar y jugar juntos durante días enteros. En nuestro viejo país. ¿No me dirás que te has olvidado?

Su voz me cegó, literalmente. Me encontré turbado y aturdido: recordé la felicidad, la felicidad reverberante, interminable, irremplazable...

No, no puede ser. Estoy solo... es tan sólo un delirio an-tojadizo. Y sin embargo había alguien sentado junto a mí, un ser de carne y hueso totalmente inverosímil, con botines alemanes de largas vueltas, y su voz tintineaba, susurraba —dorada, voluptuosamente verde, familiar—, mientras que las palabras que pronunciaba eran tan sencillas, tan humanas...

—Ya, ya te acuerdas. Sí, soy un duende del bosque, un gnomo travieso. Y aquí estoy, me han obligado a huir, como a todos los demás.

Suspiró profundamente, y volvieron a mi mente visiones de agitados nimbos y también frondosas sierpes de arrogante follaje, y vivos destellos de corteza de abedul como salpicaduras de espuma marina, contra el fondo de un dulce zumbido perpetuo... Se inclinó hasta mí y me miró con dulzura a los ojos. «¿Recuerdas nuestro bosque, los abetos tan negros, los abedules tan blancos? Lo han talado entero. El dolor fue insoportable, vi cómo caían crepitando mis queridos abedules ¿y qué podía hacer yo? Me empujaron a los pantanos. Lloré y aullé, troné como un avetoro, luego me fui corriendo a un bosque de pinos vecino.

»Y allí languidecía sin parar de sollozar. Apenas me había acostumbrado al mismo cuando se acabaron los pinos, ya sólo quedaban cenizas azulencas. Me vi obligado a marchar. Me encontré un bosque, un bosque maravilloso, espeso, oscuro, fresco. Pero de alguna manera no era lo mismo. En los viejos tiempos jugueteaba desde el alba hasta que el sol se ponía, silbaba con furia, aplaudía sin cesar, aterrorizaba a los paseantes. Tú te acuerdas bien, en una ocasión te perdiste en un oscuro escondrijo de mis bosques, tú y un vestidito blanco, y yo me divertí anudando los senderos, dando vueltas a los troncos de los árboles, haciendo guiños en el follaje. Me pasé toda la noche disponiendo mis engaños. Pero todo lo que hacía era para divertirme, era un puro juego, por más que me maldijerais. Pero ahora tuve que volverme serio, porque mi nueva residencia no era un lugar divertido. Noche y día crepitaban en mi entorno todo tipo de cosas extrañas. Al principio pensé que otro duende se agazapaba por allí; le llamé, escuché. Algo crepitaba junto a mí, algo había que retumbaba... Pero no, no eran los ruidos que nosotros hacemos. En una ocasión, a la caída de la tarde, salté hasta un claro del bosque ¿y qué vi allí? Gente por el suelo, algunos de espaldas, otros caídos de bruces. Bueno, pensé, los despertaré, ¡voy a ponerlos en movimiento! Y empecé a trabajar batiendo las ramas, bombardeándoles con piñas, ululando, susurrando... Trabajé así durante una hora entera, sin conseguir nada. Luego miré detenidamente y me quedé horrorizado. Un hombre tenía la cabeza separada del cuerpo y sólo los unía un frágil hilo carmesí. El otro tenía una colonia de gusanos por estómago... No pude soportarlo. Di un aullido, salté por los aires, y empecé a correr.

»Durante mucho tiempo estuve vagando por diferentes bosques, pero no encontraba la paz. O bien era la inmovilidad completa, pura desolación, mortal aburrimiento, o un horror tal que es mejor ni pensar en ello. Finalmente me decidí a transformarme en un rústico, un mendigo con su

mochila, y me fui para siempre. ¡Adiós Rusia! Y entonces un espíritu amigo, el duende de las aguas, me ayudó. El pobre tipo también andaba huyendo. No salía de su asombro, no hacía sino decir: “¡Qué tiempos nos han tocado vivir, qué calamidad!”. Porque, aunque en los viejos se divirtió tendiendo trampas a las gentes, seduciéndolas hasta sus profundidades de agua (¡y vaya que si era hospitalario!), cuando las tenía allí abajo las mimaba y consentía en el fondo dorado del río. ¡Qué maravillosas canciones les cantaba para embrujarles! Ahora, dice, sólo llegan por el agua hombres muertos, flotando en grupos, muchos, y el agua del río es como la sangre, espesa, caliente, pegajosa y ya no puede respirar... Por eso me llevó consigo.

»Fue a llamar a la puerta de un mar lejano, y me asentó en una costa nubosa. “Vete, hermano, búscate una espesura amiga.” Pero no encontré nada, y acabé en esta espantosa ciudad de piedra extranjera. Y así fue que me convertí en humano, con el atuendo completo, cuello duro y botines, e incluso he aprendido a hablar como vosotros...».

Se quedó en silencio. Sus ojos relucían como hojas húmedas, tenía los brazos cruzados, y a la luz vacilante de la vela que se ahogaba, le brillaban unos mechones pálidos peinados a la izquierda.

«Sé que también tú languideces —su voz rielaba de nuevo—, pero tu nostalgia, comparada con la mía, tempestuosa, turbulenta, no es sino la respiración acompasada de quien duerme tranquilo. Piensa en eso: no queda nadie de nuestra tribu en Rusia. Algunos de nosotros nos fuimos en remolinos como espirales de niebla, otros se dispersaron por el mundo. Nuestros ríos maternos están melancólicos, ya no hay manos retozonas que jueguen a chapotear con los rayos de luna. Las campánulas que el azar ha querido conservar, las que han logrado escapar a la guadaña, están silenciosas, los *gusli* azul pálido que en tiempos servían a mi rival, el duende de los campos, para sus canciones, también permanecen en silencio. El duende del hogar, desali-

ñado y cariñoso ha abandonado con lágrimas en los ojos tu casa humillada y envilecida y los bosquecillos se han marchitado, aquellas arboledas patéticamente luminosas, mágicamente sombrías...

»Rusia, nosotros éramos Rusia, ¡tu inspiración, tu belleza insondable, tu magia secular! Y nos hemos ido todos, desaparecidos, empujados al exilio por un agrimensor loco.

»Amigo mío, moriré pronto, dime algo, dime que me quieres, a mí, un fantasma sin hogar, ven siéntate a mi lado, dame la mano...».

La vela chisporroteó y se apagó. Unos dedos fríos me tocaron la mano. Oí la vieja risotada de melancolía, tan conocida, que repicó una vez antes de callarse.

Cuando di la luz no había nadie en el sillón... ¡Nadie!... No quedaba nada en el cuarto sino un aroma maravillosamente sutil de abedul, de húmedo musgo...

Se habla ruso ^[*]

El estanco de Martin Martinich está situado en un edificio que hace esquina. Es natural que los estancos tengan predilección por las esquinas a juzgar por el de Martin, porque su negocio va viento en popa. El escaparate es de modestas proporciones, pero está bien dispuesto. Unos pequeños espejos dan vida a la mercancía que allí se exhibe. En la zona más baja, en los valles que se abren entre las montañas de terciopelo azul, se acomoda una variedad de cajas de cigarrillos cuyos nombres vienen arropados por ese elegante dialecto internacional que también se utiliza para dar nombre a los hoteles; más arriba, los puros en hilera sonríen en sus cajas livianas.

En sus buenos tiempos, Martin era un rico terrateniente. En mis recuerdos de infancia aparece siempre rodeado del aura con que conducía su impresionante tractor; por el contrario, mi memoria me dice que su hijo Petya y yo, lejos de sus hazañas, sucumbíamos simultáneamente a Meyn Ried y a la escarlatina, por lo que tras quince años repletos de todo tipo de acontecimientos, me gustaba pasarme por el estanco en aquella esquina llena de vida donde Martin vendía su mercancía.

Desde el año pasado, sin embargo, compartimos algo más que recuerdos comunes. Martin tiene un secreto y a mí me ha hecho partícipe de su secreto.

—¿Todo va bien? —le pregunto en un susurro, y él, mirando por encima del hombro, me contesta con el mismo